

LA NARRACIÓN ORAL

Apoyarse en el pasado para construir el futuro

■ BLANCA CALVO *

Mucho se habla y se escribe en este fin de siglo sobre el futuro del libro y, como consecuencia, de las bibliotecas. Los nuevos soportes informativos y de ocio nos tienen a todos boquiabiertos. Hay tantas posibilidades de informarse, divertirse y aprender a través de los ordenadores que muchos piensan que la vida del libro, tal y como lo conocemos hoy, está llegando a su fin.

Puede que sea verdad. Quizá el libro de papel haya cumplido ya su ciclo, de la misma manera que lo cumplían, con el nacimiento de la imprenta a finales del siglo XV, los manuscritos en los que hasta entonces se habían transmitido los conocimientos y las creaciones de los hombres. Sin embargo lo que nunca acabará, mientras existan personas, es la afición -o tal vez la necesidad- de inventar historias, de reflejarlas en algún soporte y de transmitir las a otros hombres y mujeres presentes y futuros. La creación literaria es consustancial al ser humano. Cuando no había procedimientos mecánicos para transmitirla pasaba de boca en boca; durante los últimos cinco siglos ha utilizado la imprenta y el papel como instrumentos, y en el futuro tomará el medio que mejor responda a las necesidades del momento, pero, o mucho cambia la especie, o los que vivan dentro de mil años seguirán emocionándose, divirtiéndose y comunicán-

dose con las historias que inventen algunos de ellos.

Las polémicas que se producen de vez en cuando sobre el futuro del libro son, a mi manera de ver, artificiales. Porque, además, no creo que un soporte sea excluyente de otros. En las bibliotecas públicas españolas, a pesar de su atraso, empiezan a entrar los discos compactos con información y los ordenadores más modernos, y no por ello tiramos los manuscritos ni los libros de siglos pasados. Se me puede decir que esa no es una razón de peso para avalar mi anterior afirmación; esas piezas son parte del patrimonio cultural español y por lo tanto tienen la categoría de intocables aunque, de hecho, están prácticamente muertas, pues sólo algunos especialistas, muy de tarde en tarde, las consultan. A lo cual yo objetaría, con impetu, que muchas bibliotecas modernas utilizan, a la par que los ordenadores, un soporte mucho más viejo que los fondos antiguos, y que ese soporte no sólo les encanta a las nuevas generaciones sino que representa uno de los mejores métodos de animación a la lectura que conozco. Me estoy refiriendo, claro está, a la narración oral.

Es curioso y estupendo comprobar cómo va creciendo la moda de contar cuentos en nuestro país. Se narran en los medios de comuni-

cación social, se forman tertulias de amantes del género en bares y locales de copas, y son cada vez más las personas que arrinconan su timidez y se deciden a desenterrar para los demás los cuentos de su infancia. Los bibliotecarios debemos aprovechar esa corriente. Ya que la gente desea escuchar y contar cuentos, introduzcamos la narración oral como una práctica habitual en nuestros centros, y hagámoslo conscientes de que con la narración oral se pone la primera piedra de una sólida afición a la lectura. Un oyente infantil de cuentos será de mayor un lector seguro, porque cuando ya nadie le cuente cuentos -o cuando tenga necesidad de más- buscará las historias en los libros, ya sea en los de papel o en los electrónicos. Por eso uno de los fines que se debe proponer todo bibliotecario es introducir en la infancia la narración oral, y esa tarea ha de cumplirse trabajando en varios frentes. Para empezar, incorporando la narración como práctica habitual en nuestros centros; pero también saliendo fuera de nuestros muros con los cuentos como estandarte. Tenemos que incitar a los centros de enseñanza a que los tengan siempre presentes, y animar a padres y abuelos a que transmitan a sus niños la inmensa riqueza que les ha llegado a ellos a través de sus mayores. Para mover a los co-

legios se pueden convocar muestras, veladas o maratones de cuentos, en los que los escolares podrán mostrar sus buenas artes con la palabra; para conmovier a las familias cabe organizar cursos de narración para padres y madres, abuelos y abuelas desmemoriados, que necesitan una pequeña ayuda para volverse a situar en los primeros años y revivir la plácida sensación que sugiere una historia bien contada, sobre todo si el narrador es alguien unido por lazos afectivos al oyente.

La narración oral es un tesoro riquísimo que cala en los niños profundamente. Pero no sólo en ellos. También los adultos disfrutaban mucho con los cuentos; por eso las bibliotecas deben abrirse a los cuentos para adultos, ofreciendo su magia nocturna de volúmenes cerrados a las historias de los mayores. Es francamente positivo que existan locales de copas en los que se cuenten cuentos, pero ¿qué mejor lugar de encuentro para contar historias de noche que las salas de una biblioteca, abiertas exclusivamente para ese fin? Una tertulia periódica de amantes de los cuentos, en la que unos cuenten y otros escuchen, es ideal para divertirse y también como incitación a la lectura. Los asistentes, más pronto o más tarde, sentirán ganas de contar algún cuento y por lo general buscarán su repertorio en los estantes de la biblioteca.

Una buena razón a favor de introducir de lleno la narración oral en las bibliotecas es su baratura. En el entorno en el que nos movemos los bibliotecarios, lleno de medios tecnológicos magníficos pero carísimos, la palabra sigue siendo gratis y eso es muy importante en un momento en el que aun las bibliotecas de los países de mayor tradición cultural están teniendo enormes dificultades presupuestarias. El poder adquirir un lector de CD-Rom o un ordenador no está en manos del bibliotecario, depende de otras instancias casi siempre inaccesibles y bibliotecariamente analfabetas (¿sólo bibliotecariamente?). Pero si podemos, en cualquier momento, reu-

Creo firmemente que en el siglo XXI y en los siguientes seguirán existiendo las bibliotecas, sobre todo si los bibliotecarios de hoy sabemos convertirlas en algo imprescindible, y para ello podemos y debemos utilizar la tradición oral. Una actividad que ha durado tantos siglos y que ha dado tantas horas de diversión.



Historias de Filadelfia (The Philadelphia story)

Dir: George Cukor
Int: Cary Grant,
James Stewart,
Katherine Hepburn,
Hilda Plowright
EE.UU., 1940

nir a un grupo de personas y comenzar el eterno "Erase una vez". Seguro que todas esas personas, una vez que se encariñen con la biblioteca a través de las historias, serán sus mejores aliados cuando haya que elevar un clamor público para pedir mayores y mejores medios.

Creo firmemente que en el siglo XXI y en los siguientes seguirán existiendo las bibliotecas, sobre todo si los bibliotecarios de hoy sabemos convertirlas en algo imprescindible, y para ello podemos y debemos utilizar la tradición oral.

Una actividad que ha durado tantos siglos y que ha dado tantas horas de diversión y bienestar a tantos miles de hombres, tiene que tener algo especial. Convirtámosla en nuestra aliada. Apoyémonos en el pasado, como dice el título de este alegato, para construir un futuro cada vez mejor en el que las emociones, las ideas, los sentimientos positivos, transmitidos oralmente o por escrito, tengan un lugar más importante cada día.

* Blanca Calvo es directora de la Biblioteca Pública del Estado de Guadalajara.